

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

DOROTEO FONSECA.

TOMO IV. — NUMERO 5.

SUMARIO:

- I. Luz y sombra, por Vicenta Laparra de la Cerda — II. El café (poesía), por Juan Fermín Aycinena — III. Noches de invierno, por * * — IV. Tarjetas (poesías), por Miguel Plácido Peña — V. Carlos Fourier, por Víctor M. Jerez — VI. Sin tema, por Arturo — VII. Pajarito (poesía), por Miguel Plácido Peña — VIII. Carlos Gil, por F. A. Gamboa — IX. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Franklin núm. 14.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE HIDALGO.

Agosto de 1892.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Abraham Chavarría.
1 ^{er} Vocal	„	Francisco Martínez Suárez,
2 ^o „	„	Rafael E. Chaves.
Fiscal	„	Víctor M. Jerez.
Tesorero	„	Adrián García.
1 ^{er} Secretario	„	Juan Gomar.
2 ^o „	„	Doroteo Fonseca.

SOCIO HONORARIO

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D.	Fidel A. Novoa.	Dr. D.	Guadalupe Ramírez.
Br. „	Miguel Dueñas.	„ „	Francisco Espinal.
„ „	Fermín Bayona.	Br. „	Lisandro Blandón.
„ „	Nicolás Leiva.	„ „	Francisco Gutiérrez.
„ „	José María Gomar.	„ „	Juan Mena.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Lic. D.	Manuel Diéguez.	Dr. „	Rubén Rivera.
Br. „	Salvador Flamenco.	„ „	Abrahám Rivera.
„ „	Adolfo Castro.	„ „	Francisco A. Reyes.
„ „	Baltasar Parada.	„ „	Carlos A. Imendía.
Dr. „	Simeón Eduardo.	„ „	Anselmo Valdés
„ „	Carlos Dárdano.	„ „	Ismael Cerna.
„ „	Ramón P. Molina	„ „	Juan J. Lafnez.
„ „	David A. Payés.	„ „	Esteban C. Roque.
„ „	Horacio Rómulo Jarquín.	Br. „	Carlos B. Calvo.
„ „	Dèsirè Pector.	„ „	Nazario Salaverría,

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA :

Abraham Chavarria—Director,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO IV |

SAN SALVADOR, AGOSTO DE 1892.

| **NUM. 5.**

LUZ Y SOMBRA.

DEDICADO A LOS ILUSTRES SOCIOS DE

“LA JUVENTUD SALVADOREÑA.”

—¡Hermosa mujer!—decían los admiradores de la belleza, viendo á Marta de la Vega, vestida con una sencilla bata blanca, con su negra y abundosa cabellera suelta y recogida en el nacimiento del blanquísimo cuello, por una cinta de moaré celeste, de cuyo lazo se desprendía un manojo de lustrosos rizos que deslizaban como una cascada, por el bien contorneado cuerpo de la joven, que se inclinaba sobre una flexible cuna, para colocar en ella cuidadosamente á una hermosa niña que dormía el tranquilo sueño de la inocencia.

Marta, era la joven esposa del cumplido caballero Carlos de la Vega. Hacía dos años que habían recibido la bendición

nupcial, y cuando aparecen en escena, eran ciegos adoradores de su hija Clemencia, que era la preciosa niña que Marta colocaba en la cuna, y que, al sentir que su joven madre reclinaba su linda cabecita en la almohada, estremeciéndose ligeramente, ajitó las pequeñas manos, entreabrió sus dormidos ojos, y los volvió á cerrar lánguidamente, en tanto que Marta, dando suaves palmaditas en el mórvido y rolliso cuerpo de la niña, cantaba á media voz una de esas dulces canciones, con que las madres adormecen sus hijos del alma.

Clemencia quedóse profundamente dormida, y Marta, que de buena gana hubiera devorado á besos la preciosa cabeza de su hija, por no turbar su envidiable sueño se contuvo, y contentóse con plegar su blanca mano, besarse las rosadas yemas de los dedos, y luego extenderlas, como si regase un puña-

do de cristalinas gotas de rocío sobre el angelito. En seguida, sonriendo y suspirando á la vez, cerró las cortinillas de la cuna y andando muy quedo salió al encuentro de Carlota de Ojeda, que venía por el corredor llamándola á voces.

Las dos amigas se abrazaron; resonó un doble y ruidoso beso, y Carlota dijo:—Vengo á enseñarte los adornos de mi vestido de baile que está quedando ¡espléndido! Trae las cajas—Gertrudis:—añadió dirigiéndose á una criada que venía tras ella cargando grandes cajas de cartón.

Vamos á la sala dijo Marta, encaminándose al sitio indicado.

—Y ¿por qué no á tu cuarto? preguntó Carlota siguiendo á su amiga.

—Porque mi Clemencia duerme en mi cuarto y pudiéramos despertarla.

—Eso quiere decir: habla quedo Carlota, porque es preciso respetar el sueño de la Reina....

—Cabal, repuso Marta sonriendo; y como ya estaban en la sala, ofreció un asiento á Carlota y le dijo: vamos; enséñame los adornos del traje.

Las jóvenes abrieron las cajas que la criada había dejado sobre las sillas, y comenzaron á sacar flores, blondas, cintas y multitud de objetos brillantes que sería largo enumerar.

—Y ¿todo esto le vas á poner al vestido? preguntó Marta.

No, mujer; llevo todo esto para que la modista escoja los adornos que mejor le sienten al

vestido, que es de terciopelo celeste. Y tú, ¿ya preparaste el traje?

—Yo no voy al baile. Carlota:—¿Qué no vas al baile cuando yo voy á hacer los honores; ¡pues no faltaba más! Irás, mal que le pese á Carlos....

—No es Carlos quien me lo impide.

—¿Pues quien ha de ser?

—Mis deberes de madre; no debo dejar á mi hija expuesta á que le suceda una desgracia mientras yo me divierto.

—Y qué ¿no tienes buenas criadas con quien dejar á la niña?

—Carlota, las criadas; por buenas que sean, no cuidan á los niños con el esmero necesario; hay cosas que sólo debemos hacer las madres.

—¡Jesús qué exagerada eres; ¿quiere decir que las mujeres casadas ya no podemos movernos, ni salir de casa, ni tener un rato de exparcimiento? ¡pues hija, esa sería la más odiosa de las esclavitudes. Las mujeres no deben constituirse en criadas de los maridos y de los hijos.

—Dices bién, debemos ser esposas y madres, es decir, Señoras del hogar doméstico, que reclama nuestra continua atención.

—A mí me alcanza el tiempo para todo; atiando á mi hogar; puedo divertirme; todo consiste en el método. Mi hija Conchita tiene un año de edad, lo mismo que tu Clemencia, y eso no me impide que yo acuda á lo

bailes, porque la he buscado una buena nodriza.

—Que no basta para darle buena salud á tu hija, la cual se pone cada día más enferma.

—Eso es porque está en la edad de la maldita dentición.

—No, Carlota; es que la hace falta el calor de tus besos.

—Pues hija, yo no sirvo para lidiar con chiquillos; pero hablando de tu método de vida, ¿sabes que tú y Carlos os estáis poniendo en ridículo?

—¿De veras?

—Como lo oyes. Todos hablan mal de vuestro retraimiento; dicen que sois un par de tórtolos que insultais á la sociedad con vuestra exagerada ternura y . . .

—Con permiso, interrumpió Marta:—corro á ver á mi hija que ya despertó, y se puede caer de la cuna.

—No sabe ni las reglas de cortesía—murmuró Carlota viendo que su amiga entraba precipitadamente á su cuarto, de donde salió á los pocos instantes, trayendo en brazos á su hija, á quien besaba con delirante amor.

—Pues sí, Marta; se os critica agriamente en los mejores círculos sociales, por vuestro método de vida, y como yo os quiero, tanto á tí como á Carlos, me empené para que os convidasen al baile.

—Gracias, amiga mía; pero no puedo aceptar la invitación.

—¿A pesar de la crítica?

—Y ¿qué me importa á mí la crítica si no me puede robar los dulces goces de la familia?

—Es que yo quiero librarte del ridículo.

—Y ¿qué vale el ridículo ante una conciencia tranquila?

—Pero el buen tono tiene sus exigencias y sus leyes.

—Pues á despecho de esas leyes y de esas exigencias, yo me quedo arrullando á mi hija, porque no la quiero fiar al cuidado de manos mercenarias.

—En fin Marta: yo quería salvarte del sanbenito, hacerte brillar en los salones donde se agrupa la sociedad elegante, y poner coto á tus rarezas; pero si tú prefieres la oscuridad á la luz, y el fastidio de una existencia monótona y rutinaria á los placeres que proporciona la cultura, con tu pan te lo comas. Con que, adios, madre tierna y virtuosa; me retiro porque me espera la modista.

—Adios, Carlota; que te diviertas mucho.

—Pierde cuidado, que sabré complacer tus deseos.

Carlota se fué refunfuñando á la calle, y Marta quedóse diciendo á Clemencia: ahora, tomará su leche la niña, y luego la mudaré el vestido, para que cuando venga su papá la encuentre muy mona y la bese con gusto.

Y la joven lo hizo como lo dijo. Media hora más tarde, Carlos entraba á su casa, y la hermosa Marta salía á su encuentro, llevando en brazos á Clemencia que, como había llorado cuando su joven madre la vistiera, brillaban algunas lágrimas en sus frescas mejillas

y parecía un botón de rosa salpicado de arjófara.

Carlos cogió á su linda hija, que instantáneamente enredó sus deditos en las patillas de su padre, que jesticulando y riendo decía:

—¡Tira, tira pichona que es la cara de tu padre la que lastimas! ¡tira, con tal de que me quieras mucho!

Marta, que al dejar á Clemencia en brazos de su padre, había corrido al comedor á traer frutas á su esposo, regresó cuando padre é hija estaban en su cuarto, y prorrumpió en una alegre carcajada al ver á Clemencia sentada en el suelo, y á su marido, de pié frente á un espejo, recortándose el bigote y las patillas con unas tigas que tomó del costurero de su mujer.

—Pero ¿qué haces, Carlos? exclamó Marta riendo como una loquilla.

—Toma, cortarme los pelos para que mi hija no se lastime los deditos.

—¡Pero hombre! ¡cómo te estás poniendo!

—Bah! no te alarmes por tan poca cosa: á la tarde me embozo en mi capa, y me voy donde el peluquero francés á que me arregle el desperfecto.

—Pero vas á parecer un cómico de profesión.

—Y eso qué importa si puedo besar á mi hija sin que ella tenga donde colgarse? porque eso de que á uno le tiren de las patillas, duele mucho, Marta, duele mucho.

—Y luego, habíamos convenido en que tú irías al baile.

—¿Al baile? ¡quién piensa en eso! A propósito del tal baile, ¿sabes que me encontré con Carlota y que se mostró muy enojada porque no aceptaste la invitación?

—Pobre Carlota.

—Bien puedes llamarla pobre, porque la desgracia se ciernen sobre su hermosa cabeza.

—¿Qué dices?

—Que la miseria, con todos sus rigores, está llamando á sus puertas. Figúrate que anoche perdió Ojeda en una casa de juego, la friolera de treinta mil pesos?

—¡Dios mío!

—Y lo peor es que sigue jugando con malísima suerte.

—Pero esa es una infamia.

—Infamia tan grande como la que comete Carlota; porque Ojeda derrocha el patrimonio de su hija por su lado, y ella por el suyo. Además dicen.... que dicen.....

—Y ¿qué es lo que dicen?

—Dicen cosas, que no se pueden decir á un angel como tú; pero vamos á comer porque tengo un hambre rabiosa.

II

¡Qué suntuoso y que animado estuvo el baile que el millonario Cristián Robledo obsequió á sus amigos. ¡Con qué elegancia hizo los honores de la fiesta la señora de Ojeda! La espléndida joven cuya soberana belleza sólo podía rivalizar con la de Marta, tenía para todos los concurrentes una amable sonrisa, parecía que se multiplicaba procurando que las damas y

los caballeros, no tuviesen nada que desear.

Cristián, que era el anfitrión, secundaba los afanes de Carlota, y todos brindaban por el millonario y por la reina de la fiesta: solamente Andrés Ojeda estaba preocupado y de mal talante. No bailaba, no iba á la cantina y no apartaba los ojos de su mujer, que casi se había abonado con Robledo.

Al terminar un valse, acercóse Ojeda á Carlota y la dijo en voz baja: Has bailado cuatro piezas con Robledo; si bailas la quinta, damos función grátis.

—La bailaré,—repuso Carlota en el mismo tono:—la bailaré. Yo no puedo ser descortés, porque al calavera de mi marido se le antoja tener celos de un caballero y de una mujer honrada.

—¡Carlota!

—¡Cuidado Andrés! no me ultrajes en pleno baile; porque en pleno baile diré á tus acreedores, que pululan en esta casa, que te embarguen lo poco que se ha salvado del tapete verde.

Y la joven, poniéndose en pié y dejando á su marido con la palabra en la boca, fue á confundirse con un grupo de caballeros y señoritas que se dirigían al comedor.

Ojeda apretó los puños, rechinó los dientes, y murmuró con voz imperceptible:—¡Oh! ¡si es cierto lo que sospecho, les mataré! ¡sí, les mataré!

El baile concluyó á las seis de la mañana. Los de Ojeda montaron en su lujoso carruaje y llegaron á su casa, sin que

en el trayecto cruzasen una sola palabra.

Carlota se encerró en su cuarto, dejóse caer en un sillón, comprimióse el pecho y murmuró acongojada:

¡Dios mío! ¡amaré yo á Cristián ¡ay! ¡eso sería horrible! ¡ser amada con delirio por un caballero y estar casada con un hombre infame, sin que me sea lícito romper la cadena inquebrantable que me une á él, porque es el padre de mi hija! ¡ah! ¡es martirio que acabará con mi existencia!

Y Carlota cubrióse el rostro con las manos y prorrumpió en llanto.

A los pocos instantes entró al cuarto la nodriza de Concha, trayéndola en los brazos y diciendo:

Señora, la niña tiene calentura.

—¡Hija de mi alma! exclamó la joven poniéndose en pié y queriendo cojer á su hija; pero la niña la rechazó; y rodeando el cuello de la nodriza con sus pequeños y enflaquecidos brazos, comenzó á llorar, como si alguien la hubiese asustado.

—¡Ah! pensó Carlota: ¡Le causo pavor á mi hija! ¡tiene razón de rechazarme, porque soy una infame adúltera! ¡Acaso puedo borrar de mi mente la hermosa imagen de ese hombre?

Andrés salió á la calle encuan-to se mudó el traje y no volvió á su casa en todo el día.

Carlota despojóse de los adornos que la sofocaban, envolvióse en una bata de fina batista, tomó un vaso de leche y se tum-

bó en su cama. La enfermedad de su hija la preocupaba poco; porque su alma estaba llena con el recuerdo de un hombre. No tardó mucho en quedarse dormida, y su sueño fue agitado y angustioso, era mas bien una terrible pesadilla donde figuraban en primer término Cristián y su marido.

Contigua á la casa de habitación de los esposos Ojedas, había un caserón que, en apariencia, estaba desocupado; pero que en realidad, era el antro donde á ciertas horas de la noche, acudían los jugadores de oficio á perder honra y fortuna. Ojeda tenía el llavín de esa casa maldita, y á esa guarida de viciosos fue á esconderse cuando salió de su morada; pero esa vez no iba á jugar: su entrada allí tenía otro objeto.

III

A las tres de la tarde despertó Carlota de su agitado sueño. Saltó de la cama, se acercó á un espejo, y exhalando un profundo suspiro murmuró:

¡Dios mío, que horribles cosas he soñado y qué pálida y ojerosa estoy ¿tendré calentura?..... no; es que la pesadilla que tuve fue espantosa y me ha impresionado hasta el punto de sentirme enferma; pero todo fue un sueño ¡gracias á Dios!

La joven preguntó por su marido; y cuando la dijeron que no había vuelto, pensó:

Andrés me abandona cuando más necesito del apoyo de un esposo amante.... ¡oh! que después no se queje ni me haga

responsable de lo que pueda suceder; que culpe al juego que es el que le aleja de mi lado días y hasta semanas enteras. Hoy tampoco vendrá y.... ¡Ah! ¡qué desgraciada soy! Luego arregló sus cabellos, vistióse con elegancia, hizo desaparecer bajo una capa de polvos y carmín, las sombras violadas que cubrían su rostro, vióse detenidamente al espejo, y exclamó: ¡qué hermosa soy! no debía abandonarme Andrés. A las seis de la tarde asomóse á la ventana, y su corazón palpité con violencia: era que pasaba Cristián y se detenía en la esquina. Carlota quiso entrarse, pero no pudo; parecía que una fuerza magnética la detenía en el balcón.

Cristián siguió pasando, y por fin se detuvo, y exhalando un suspiro dijo á Carlota:

—¡Gracias, amada mía! ¡gracias por haberme proporcionado la dicha de verla! ¡la adoro tanto!

—¡Retírese U. Cristián! exclamó Carlota: ¡retírese U. porque puede venir mi esposo.

—No, Andrés se cuida poco de U. señorita; á estas horas debe estar jugando, ó en alguna cloaca de esas donde el hombre arrastra por el lodo su dignidad. Y mientras ese miserable da en olvido al angel de su hogar, yo ¡muero de amor por ese angel! y el angel me desprecia, por serle fiel á ese canalla. ¡Ah Carlota, no sea U. cruel! ¡no me deje morir desesperado!

Y Cristián seguía hablando y Carlota escuchaba en silencio,

el torrente de palabras amorosas que brotaban de los labios del seductor de oficio. Y las sombras de la noche lo iban cubriendo todo. Y Carlota, embriagándose al oír el facinador acento del Tenorio, olvidábase de Dios, de su hija y de sus deberes de esposa.

Tan embebecidos estaban Carlota y Cristián en su idilio amoroso, que no se fijaron en un hombre que, abriendo cautelosamente la puerta de la casa vecina, se ponía á escuchar lo que hablaban, sin perder ni uno solo de sus movimientos.

—¡Gracias Carlota, mía! dijo Cristián: ¡al confesarme tu amor, me haces el más feliz de los mortales!

No bien había acabado de pronunciar aquellas palabras, que revelaban la caída de un angel y la infidelidad de una esposa perjura, cuando el hombre que se ocultaba en el hueco de la puerta vecina, salió de su escondite con un revólver amartillado en la mano; y acercándose á la ventana dijo á Cristián con acento enronquecido por la ira:

—¡Defiéndete menguado!

—¡Ojeda! exclamaron Carlota y Cristián.

—Sí, Ojeda que escupe la cara del bandido que le ha robado el honor, para obligarlo á batirse.

—Yo no puedo medir mis armas con el jugador de oficio que me debe cuarenta mil duros. Replicó Cristián.

—Pues te mataré como á un perro, miserable!—exclamó Andrés, y uniendo la acción á la

palabra, descargó su revólver sobre el pecho de Cristián, que estiró los brazos, vaciló unos instantes, y cayó al suelo vomitando sangre negra y blasfemias horribles.

Carlota exhaló un grito, y cerró de golpe la ventana.

—Ahora, me seguiré con ella—dijo Andrés y penetró á su casa sin soltar el revólver; pero cuando entró, su mujer habíase encerrado en un cuarto y las criadas pedían socorro á gritos.

Ojeda golpeaba la puerta del cuarto que ya se estaba desquiciando; la muerte de Carlota era segura si su marido lograba penetrar á su encierro; pero una docena de agentes de policía llegaron en el mismo instante en que la puerta se abría. Entonces pasó una cosa horrible.

Andrés, ciego de furor, volvióse contra el grupo de los guardadores del orden público, y disparó sobre ellos todos los tiros que le quedaban en su revólver. Dos agentes cayeron muertos, los restantes apoderáronse del reo, le pusieron las abrazaderas y le sacaron á la calle, junto con Carlota que también fue capturada.

El asesino y su infeliz esposa fueron conducidos á la prisión. El juez mandó levantar los cadáveres de las víctimas, que fueron llevados al anfiteatro.

Se instruyó la causa, se formó el proceso, y los tribunales pronunciaron su inapelable fallo. Andrés Ojeda, por haber matado dos agentes de la autoridad, fue sentenciado á cadena perpétua en la Penitenciaría, y

Carlota, por haber sido acusada de adulterio, á tres años de reclusión en la cárcel de mujeres. Además, como Andrés Ojeda tenía grandes deudas, sus bienes fueron embargados y distribuidos á prorrata entre sus acreedores.

Carlota reclamó á su hija, y la infeliz niña, víctima inocente de los crímenes de sus padres, pasó los primeros años de su existencia, encerrada en una horrible prisión. ¡Qué infancia tan triste la de Concha!

IV

Han pasado siete años. Marta de la Vega, que se halla en toda la plenitud de su belleza, regresa con su esposo y su hija de dar un paseo por el cerro del Carmen.

Son las seis de la tarde y la calle está desierta. De pronto, una niña andrajosa y demacrada sale de una casucha, gritando:

—¡Señores! ¡mi mamá está vomitando sangre y yo tengo miedo!

—¡Infeliz criatura! exclamó Marta, encaminándose seguida de su esposo y su hija, á la mísera covacha donde la muerte extendía sus alas impalpables.

¡Qué cuadro tan funesto el que se presentó á los ojos de los esposos de la Vega!

A la escasa luz que penetraba por las desvencijadas puertas de aquel inmundo chirivital, vieron á una mujer que yacía tendida en el suelo. Al entrar la creyeron muerta, pero al acercarse oyeron su fatigosa respi-

ración, que era más bien el estertor de la agonía.

Marta arrodillóse al lado de la enferma, apartó con sus blancas manos los mechones de sudosos cabellos que cubrían el demacrado rostro de la moribunda, y al verla detenidamente, exclamó:

—¡Dios mío! yo creo que esta infeliz mujer es Carlota de Ojeda.

—Si señora—dijo la niña andrajosa—así se llama mi pobre mamá.

—¿Qué hacemos Carlos?—preguntó Marta—¡ah! no es posible dejarla morir en este desamparo.

—Qué hemos de hacer,—repuso el aludido—que si no tienes miedo de quedarte sola con esta desgraciada mujer y las chicas, yo me largo á traer un médico y un carruaje, para ver si es fácil llevar á la enferma á nuestra casa.

—Dices bien; pero vuela, Carlos mío ¡vuela! no sea que cuando regreses haya muerto la infeliz. ¡Ah! también me parece bueno que viniese un sacerdote.

—Se hará como tú lo mandas. Dijo Carlos y salió como escapado de aquella triste vivienda, pensando: mi mujer está en su elemento; porque cuando se trata de hacer bien, se vuelve hasta exigente conmigo. Heme á mí corriendo como un galgo y expuesto á vomitar los bofes con tal de complacer á la dulce madre de mi hija. Mientras Carlos corría á cumplir su cometido, Marta friccionaba las frías manos de Carlota, la lla-

maba por su nombre y rezaba en voz baja. Las niñas lloraban temblando de pavor y las sombras de la noche lo iban invadiendo todo. Por fin la afligida Marta oyó rodar un carruaje y exclamó: ¡gracias á Dios! ¡yo creo que ya vienen, y la infeliz Carlota vive aún!

El carruaje paró, y un momento después penetraban á la covacha el esposo de Marta, un sacerdote y un médico.

La morada de Carlota estaba oscura como una boca de lobo; pero Carlos era muy precavido, y traía en los bolsillos de su sobretodo, una botella de vino, una vela de estearina, y una caja de cerillos.

—Aquí estamos, Marta,—dijo al entrar, y prendió la vela,

El médico pulsó á la enferma y dijo: La debilidad de esta pobre mujer es suma; si fuese posible darle un poco de vino con agua, talvez soportaría la trepidación del carruaje y la podrían llevar al hospital; porque aquí donde el aire bate y el sereno penetra por todas partes, moriría antes de tiempo.

—Pues yo traigo vino, doctor, pero nos hace falta una copa y un poco de agua.

—Yo tengo agua en mi cantarito y una tasa donde tomar café—dijo, corriendo á traer los dichos objetos, la pobre Conchita que lloraba sin consuelo.

Mientras preparaban el vino, el sacerdote daba la extrema unción á la enferma, y después de aquel acto solemne, hicieron que la enferma tragase un poco de vino que la entonó algún tan-

to. Luego, cubierta con el sobretodo de Carlos y la capa del sacerdote, la sacaron á la calle, y, aunque con mil dificultades lograron subirla al carruaje y colocarla lo mejor que pudieron en los muelles almohadones del coche, que auto continuo se puso en movimiento, dirigiéndose á casa de Marta, que llevando de la mano á las dos niñas había tomado la delantera, con el objeto de llegar antes y poder preparar el cuarto donde iba á recibir á la que en otro tiempo había dado el dulce nombre de amiga.

V

Era la media noche. Carlota había tomado algunas medicinas que la devolvieron el habla y algunos movimientos. Había recibido los auxilios de la Religión, descansaba en un lecho limpio como la conciencia de los niños. Marta velaba á la cabecera de la enferma, procurando calentar con su aliento las enfriadas manos de aquella mujer que había sido tan hermosa.

De pronto la moribunda abrió los ojos, exhaló un profundo suspiro y exclamó—¡Dios mío, Dios mío! ¡he sido muy delincuente, tened piedad de mí!

—¿Quiéres algo — Carlota? preguntó Marta, poniéndose en pié.

—Si, quiero decirte que me perdones, porque yo, la vil meretriz, la infame adúltera, estoy enlodando el hogar de un angel con mi presencia.

—¡Por Dios, amiga mía! no hables de ese modo.

—Marta, tú no conoces bien á Carlota de Ojeda. ¿Sabes? yo hubiera sido buena como tú; pero mi marido me pospuso al repugnante vicio del juego, me abandonó cuando más necesitaba yo de su apoyo, yo... ¡miserable de mí! en vez de buscar la compensación de mis pesares en el amor de mi hija, la busqué en el bullicio de los salones de baile. Allí tropecé con un hombre infame que me facinó, haciéndome sentir una pasión maldita que me abrasó las entrañas y me cegó hasta el punto de hacer que brotara de mis labios la confesión de aquel amor criminal, como brota la candente lava de un volcán en erupción. Y... ¡mi esposo me estaba escuchando! y ví caer herido por el plomo de un revólver, al hombre que yo adoraba. ¡Ah! ¡Dios es justo! Dios castigó á la vil adúltera, en el instante mismo en que, olvidándose de sus deberes de esposa y madre, se arrojaba en el fango. Después me encerraron en una horrible prisión! ¡me confundieron con mujeres enteramente perdidas! Cuando salí de aquella inmunda cárcel, la sociedad me cerró sus puertas. Yo era joven y hermosa, no sabía trabajar... mi hija me pedía pan y... ¡me vendí!

¡Marta! ¡Marta! ¡Júrame que serás la madre de mi hija! ¡ella es inocente y queda sola en el mundo!

—Te lo juro por la salvación de mi alma! contestó Marta bañada en llanto.

—¡Eres mi angel, Marta! Ahora, voy á hacerte otra súpli-

ca. No digas á nadie que yo fuí la madre de Concha, y procura que ella olvide mi nombre; porque si le pronuncia, se mancharían sus labios de virgen. ¡Ah! quisiera darle el beso de despedida, porque ya no veré la luz de la nueva aurora.

Marta corrió á traer á la niña que dormía en la pieza contigua, y cuando la vió Carlota, extendió hacia ella las crispadas manos y balbuceó estas palabras:—¡Adios angel mío.... Marta es tu verdadera madre. La infeliz Carlota era tu escándalo!... ¡reza por...!

La desventurada no pudo concluir. Un terrible vómito de sangre apagó su acento.

Marta hizo sonar un timbre; acudieron el sacerdote, Carlos y el médico, arrodilláronse en torno del lecho mortuario; y media hora después, todo había concluido. La infortunada Carlota no existía.

La bella Marta cumplió el solemne juramento que hizo á la triste moribunda, y fue una madre cariñosa para Conchita.

La virtud del angel, salvó la inocencia de la huérfana.

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala: 1892.

EL CAFÉ.

I

Quién fuiste tú, quién fuiste,
Benéfico mortal, que en fausto día,
Como presente celestial trajiste
El arbusto sabeo,

Deleite de Asia, afán del europeo,
Al fértil suelo de la patria mía!

Tu nombre ¡ay Dios! tu nombre,
Que en letras de durísimo diamante
Y en mármoles y bronce esculpido
Debió guardar la historia,
Ornado con las palmas de la gloria,
En los oscuros antros del olvido
Lo sepultó la ingratitud. Y en vano
Bajo el espeso polvo de la tumba,
Donde toda grandeza el tiempo arrumba,
Acuciosa lo busca amiga mano!

Allá en día remoto,
Del siglo del gran Luis en los albores,
En medio del abismo alborotado,
Vil juguete del Bóreas y del Noto,
Una frágil barquilla
Cual cáscara de nuez se balanceaba:
Y un tesoro, un depósito sagrado
A las playas de América llevaba!
Iba en ella un francés, brabo guerrero
Que con intenso afán y fino esmero
Un arbusto raquífito guardaba:
No con más dulce amor y fiel cariño
Vela una madre que en abrazo estrecho
Con su sangre da vida al débil niño
Que en vano exprime el extenuado pecho.

El agua escaceó á bordo: sed ardiente
Hincho las fauces de la triste gente:
—Pues el agua se agota,
Dijo el marino aquél,—la ración mía
Con el arbusto partiré gustoso
Hasta extinguir la postrimera gota—
Y, oh pecho denodado y generoso!
En medio de la angustia sonreía,
Viendo que el árbol mísero aún vivía!

Roto el casco, las velas en pedazos
Llega el bajel, de Martinica al puerto:
Hora feliz!; inquieto regocijo
Arde en los pechos; en sus dulces brazos
La madre estrecha, delirante, al hijo
Que ausente del hogar, acaso muerto
Se lo fingieran ansias maternas!
Qué sentirán, qué sentirán, Dios mío,
Las tristes madres que á sus hijos llaman,
Ebrias de amor, en loco desvarío!
Quién supo amar como las madres aman?
Con férvidas señales de contento
Los de tierra á los náufragos acogen:
Las penas y el dolor, todo se olvida
Cuando se siente recobrar la vida!

Recorriendo las plazas y las calles
La animación rebulle y la algazara

Inunda de placer montes y valles;
Entre hurras de alborozo y de alegría
Sube á tierra la rica mercancía
Que Francia á sus colonias destinara;
Pero un hombre levanta entusiasmado
El arbusto sin hojas, amarillo,
Que vive aún, merced á su cuidado,
Cual si intrépido al aire tremolara
Ajada y rota su triunfal bandera!
Acaso en ese instante presintiera
Que en tiempo no lejano
Aquel cafeto débil, moribundo,
Desprecio y burla entonces al indiano,
De riqueza será gérmen fecundo
Al fructífero suelo americano;
Y como don magnífico y precioso,
Le ofrece generoso
A la industria rural del Nuevo Mundo!

De Clieux! tu nombre entre los nombres grandes,
En el granito eterno de los Andes
Con letras de oro lo grabó la historia:
Y si pobre, olvidado, sin honores
Bajaste al seno de la tumba fría,
(Que así mueren los grandes bienhechores
De la familia humana) tu memoria,
Entre rayos espléndidos de gloria,
La ingratitud y el tiempo desafía!

La benéfica zona
“*Que al sol enamorado circumscribe
El vago curso,*” plácida y risueña
En su regazo maternal recibe
El macilento arbusto de la Arabia,
Y la fecunda savia,
Por sus venas corriendo fresca y pura,
Le da vigor y vida y hermosura.

Regio manto le viste de esmeralda
Con su soplo de amor la primavera,
Y de olorosos, níveos azahares
Ciñe á su frente espléndida guirnalda;
El otoño le da lindos collares
De topacios y fúlgidos rubíes
Engastados en ricos granos de oro,
Como joyeles de oriental tesoro.

Mas, quién á Centro-América te trajo,
Fruto de bendición, árbol precioso?
Tú alientas á los hijos del trabajo
Que al alba, el blando lecho perezoso
Dejan, y galardonas la fatiga
Y del tostado rostro los sudores,
Cuando con mano cariñosa, amiga,
Al agrícola das frutos opimos,
Que cuelgan de tus ramos tembladores
En grupos de coral dulces racimos.

Lo ve Europa, lo prueba, y se regala
 Con el gusto exquisito
 Y el acendrado, delicioso aroma
 De tu café, que si no vence, iguala
 Al asiático néctar de Mahoma:
 Feliz mil veces, dulce Guatemala!
 En tu suelo frugífero y fecundo,
 Que de vida y calor virtud encierra,
 Las plantas todas, viven, de la tierra;
 Y en el café, que anhela el viejo mundo,
 Sin que don tan precioso otorgue el cielo
 A los ásperos climas de su suelo,
 Manantial de riqueza y bienandanza
 Abre para tus hijos la esperanza.

Agítanse las naves
 Que ignívomo el vapor rugiendo lanza;
 Las olas hienden cual ligeras aves,
 Y en demanda del fruto apetecido
 A tus playas se acercan presurosa :
 Te traen en retorno, de la industria
 Las obras portentosas:
 Del arte, que á natura audaz remeda,
 Cuanto el ingenio aquilatado cría:
 La que ama el lujo, crujidora seda,
 El modesto cambray, la humilde indiana
 Que mira con desdén la cortesana;
 La frágil y coqueta fruslería
 De luciente cristal ó porcelana.

Que anda revuelto aquí en la tierra, todo.
 Con la virtud divina
 El corruptor deleite que asesina;
 Del diamante la luz, y el negro lodo;
 Junto á la flor bellísima, el gusano;
 El médico que estudia el hondo areano
 De la salud, y el vicio escandaloso
 Que mata como el áspid venenoso:

El bien y el mal, en lucha de titanes
 El corazón del hombre se disputan;
 La ciencia, que levanta y moraliza,
 Y libres hace y grandes á los pueblos;
 La corrupción, que oprime y tiraniza
 Y alza su trono infame
 Sobre un pueblo vilísimo, que lame
 Cual degradado ilota,
 El látigo oprobioso que le azota!
 Dichoso el que tan sólo al bien se inclina,
 Y huye del mal funesto y lo abomina!

II

Allá, cuando en un día de alborozo,
 Henchido el pecho de entusiasmo y gozo,
 Alzaron nuestros padres
 El pendón de la patria independencia,
 "Libres, dijeron, somos, formaremos

Una nación feliz: ya, qué nos falta?
 Roto el yugo opresor, vendrá la ciencia,
 Las nobles artes, la ingeniosa industria,
 En pos de sí trayendo la opulencia;
 Y ante nadie la frente inclinaremos!"

Lauro eterno de honor, justa alabanza
 Al acendrado y noble patriotismo
 Que al sólido progreso y venturanza
 De los patrios hogares
 Sus levantadas miras endereza!
 Pero ¡ay! no se improvisa
 Con patrióticos himnos y cantares,
 Con leyes y decretos la riqueza!
 Sólo al tesón, al ímprobo irabajo
 Rindió naturaleza
 De su almo seno los preciosos dones;
 El acertado y pródigo cultivo
 Del suelo, es manantial perenne y vivo
 De poder y de gloria á las naciones.

En días, de nosotros apartados,
 El añil con su "*tinta generosa*
Emula de la sombra del zafiro,"
 Y el "*viciente carmín de los nopales,*
Que afrenta fuera al márce de Tiro,"
 Vieron venir, al aire desplegadas,
 Del caudaloso Támesis las velas,
 De presentes riquísimos cargadas.
 Centro-América entonces,
 Índica reina, occidental matrona,
 Cuyos pies acariciaban los dos mares
 Y ostenta sus volcanes por corona,
 Rica, feliz y libre, independiente,
 Pudo ante el orbe levantar la frente.

Pero el genio del mal se alzó iracundo
 Como feroz, descomunal coloso,
 Del bien de Centro-América envidioso;
 Con ahullido de hiena furibundo,
 A la discordia llama y á la guerra,
 Peste infernal que todo lo extermina;
 En un momento se incendió la tierra;
 Y muerte, horror, iniquidad y ruina,
 Como enjambre de víboras brotaron
 De la hedionda sentina,
 Y el seno de la patria destrozaron!

Así en los altos montes del Oriente,
 De pardas nubes muchedumbre ingente
 La tempestad horrísona levanta:
 Sierpes de fuego cárdenas chispean;
 Retumba fragoroso el ronco trueno
 Que las vacadas tímidas espanta
 Y corren en tumulto, y se estropean,
 Huyendo el estampido
 Del enlutado cielo enfurecido.

El aroyuelo manso, que murmura
Lamiendo el pie de las pintadas flores,
Y en los besos les roba sus olores,
Envuelta en lodo vió su linfa pura:
Arboles desgajados de la altura,
Piedras enormes rápido arrebatá
Como desenfrenada catarata;
Y crece y crece y se desborda, el hondo
Valle, la trepadora sierra inunda;
Cuanto encuentra á su paso, lo atropella,
Desquicia y desmorona,
Y al abismo lo arrastra furibunda
Su sed de destrucción, que no perdona!

Hay más desgracias?

El añil precioso
Y de la tuna el múriceo lujoso
Que ávida Europa aquí á comprar venía,
Depreciados se vieron:
La industria veladora otros productos
Y nuevos tintes más baratos cría.
Solferino! Magenta!
Vuestros nombres fatídicos vinieron
Cual sombra de terror sanguinolenta
El pánico á sembrar! Cayó la grana
Que de rubí colora el terciopelo,
Cayó el añil, que el claro azul del cielo
Remeda, cuando nace la mañana!

Y será en vano ya que el suelo rompa
Con su cuchilla aguda el corvo arado,
Cuando de Marte la bronceína trompa
De resonar feroz ha descansado?
No hay más frutos valiosos, que la tierra
De promisión, la América produzca,
Si treguas da la destructora guerra,
Y el fatigado brazo de sus hijos
Suspende un punto la ominosa saña,
Arriucona el fusil y el sable fiero,
Forjando azadas del sangriento acero?

Los hay; mas no que á competir alcancen
Con los de otras naciones. Uno sólo
Uno sólo á la patria darle vida,
Prosperidad, grandeza,
Pudo: ¡el café! Simiente bendecida,
Te envió el cielo cual germen de riqueza!

Desde playas remotas,
Luchando con las olas encrespadas
Del tempestuoso Atlántico, las flotas
Del anglo, del francés y del germano,
El busca vienen del sabroso grano;
Y del frígido Norte las osadas
Getes, á toda empresa acostumbradas,
Llegan también con útiles inventos
Que más y más el arte perfecciona:

De la industria bellísimos portentos,
Perlas que engarza el hombre á su corona!

De las gigantes máquinas el ruido,
—No cual del bronce el bélico estampido
Que á las llorosas madres estremece—
Como diana triunfal con que el trabajo
Saluda del progreso los albores,
Se escucha ya, nos llama á la pelea,
Al campo del honor, en donde crece
El lauro, que dará á los vencedores
Gloria inmortal, la gloria de la idea!

Oh, cuánto debe á tí, cuánto la patria,
Pequeño grano de oro,
De vida manantial y de opulencia,
De paz, de dicha espléndido tesoro,
Celeste dón de la alta Providencia!

Por tí la desmayada agricultura,
Sorda antes al halago y recompensa.
Sacude su letargo; el bosque umbrío
Que al sol robaba de su lumbre pura
El rayo bienhechor, la frente abate,
Herido por el hacha, y el plantío
En muchedumbre inmensa,
Cual ejército en filas de combate,
Por el llano se tiende y la ladera,
Y como un mar de luz y de esmeralda
En fúlgidos cambiantes reverbera.

Se alza el comercio bullidor, y agita
Sus cien brazos hercúleos, cual Briareo:
Al tráfico las sendas facilita;
Y con mayor pujanza y fieros bríos
Que indómito corcel, cuando le incita
La punzadora espuela,
Salvando montes, valles, anchos ríos,
A impulso del vapor se lanza, y vuela,
De fuego henchido y de humo y de arrogancia
El monstruo que devora la distancia.

En denodado vuelo
Las ciencias se levantan vencedoras,
Si la virtud las guía,
Y el alma sube en ellas hasta el cielo;
También las artes y la industria viven
Desplegando sus gracias seductoras,
Si el influjo benéfico reciben
De la riqueza. Vió jamás el mundo
Un puñado misérrimo de gentes,
Sin comercio y sin artes, indigentes,
Altivo alzarse y próspero y fecundo?

No la sed insaciable del dinero,
Que nunca al hombre ha sido
De calma y bienestar limpio venero
Celebrará mi lengua:

Mas, ver á un noble pueblo sumergido
 En la inacción, sin vida y sin cultura,
 Un pueblo de mendigos, ¡triste mengua!,
 Esclavo de naciones poderosas,
 Que le humillan le arrancan á pedazos
 Tierra y honor, y en sus inermes brazos
 Remachan del oprobio las esposas!....
 Oh, nunca tal te veas, Patria mía!
 Yo anhelo para tí dicha, riqueza,
 Poder y libertad, gloria y grandeza!
 Mírente así mis ojos algún día!

Oh magnánimo sér desconocido,
 Que trajiste el café; tu noble frente
 Ceñir no pudo el lauro refulgente,
 Digna ofrenda de un pueblo agradecido;
 Ni una lápida guarda tu memoria;
 Ni tu alto nombre recogió la historia!
 Siquiera escucha de mi acento rudo
 El eco rumoroso.
 Bienhechor de una patria, generoso,
 En nombre de mi patria te saludo!

JUAN FERMIN AYCINENA.

NOCHES DE INSOMNIO.

I

II

Noche de calma, calma espantosa! Ese cielo gris con estrellas pálidas, sin una nube blanca.... Todo duerme y calla; ni una brisa que mueva las hojas de los árboles, ni un recuerdo que agite las ideas en la mente.... Ese cielo inmenso que esconde á la humana mirada infinidad de mundos habitados, y este silencio sepulcral que en torno mío domina, me impresionan tristemente, bañando en oleadas de letal melancolía mi ya cansado espíritu.... Oh, cielo! tú la inspiración de los poetas, el númen sacrosan-

to de los artistas, el consuelo y la esperanza de los cristianos ¿por qué no tienes para mi espíritu sombrío un ténue rayo de alegría? ¿por qué no traes á mi enlutado corazón una brizna de placer? ¿por qué no eres capaz de curar esta nostalgia ingrata que me atormenta, haciéndome extranjero en mi patria y rodeado de compatriotas?....

Oh, amada mía!.... ven, pero sabe que hoy quiero cantos valerosos que inflamen el fuego del patriotismo en el corazón de los pueblos, marsellesas revolucionarias que entonen el himno de la libertad, inspiraciones dantescas para azotar el infame rostro á los tiranos!.... ven! que ansío la cólera sublime de Montalvo para castigar á pícaros y malhechores; necesito la justicia inexorable de Hugo para juzgar á todos los miserables de la sociedad y condenarlos al suplicio espantoso del universal desprecio!.... Oh, sí! ven pluma bendita, que tú eres mi escudo y mi lanza; ven que tú eres ariete formidable que horada el peñol hirsuto de los caciques americanos!.... ven á librar el épico combate en el campo del Derecho por la causa de los pueblos.... Ven, soberana del mundo, tirana de la inteligencia y del corazón, dueña de la conciencia universal!.... cumple tu misión que es así de grande como sublime!....

III

El mundo duerme, pero vive la Naturaleza, obrero infatiga

ble, no descansa jamás. Hay mucho de siniestro en este silencio que me rodea; tiene algo de los abismos y de las cimas
 Siento vértigos horribles
 Vengan mis amigos verdaderos, compañeros fieles y constantes en las lides del pensamiento: Homero, Dante, Gœthe, Lamartine, Shakespear, Hugo.... oh, el maestro! Astro refulgente, estrella de diamante, ven, consuélame.... Tú eres mi esperanza, poeta grandilocuente, Moisés de los infelices, padre de la patria universal.... ven, alíéntame, que ya vanme faltando las fuerzas en esta lucha incesante; ven, aconséjame, que ya voy temiendo acostumbrarme á estas injusticias eternas; vengan tus "Miserables" á fortalecer mi vacilante corazón....

Cervantes, Feijoo, Luis de León, Pardo Bazán, Castelar.... Castelar! otro maestro y otro amigo ¿Por qué no? Yo, morador oscuro de este humilde pueblo del Mundo Americano, admirador ingenuo de todos los regeneradores de la humanidad, entusiasta partidario de los principios democráticos, he buscado para alcanzar la realización de mis ideales un mentor que me señale el rumbo de la verdad, y ninguno como el tribuno español ha ejercido tan decisiva influencia en las determinaciones de mis pensamientos. Oráculo de la Libertad, paladín del Derecho, soberano de la palabra, guerrero de la idea redentora, tiene la llave misteriosa que gana corazones, con-

quista inteligencias y arranca estrepitosos aplausos á los pueblos democráticos. La juventud lo designó su jefe y le ha seguido con paso resuelto hasta el campo donde se libran los combates de la idea y se ganan los lauros del pensamiento.

Bello, Lastarria, González, Batres, Montalvo.... el génio americano... oh, Montalvo! tu obra es inmortal. Esos folletos tremendos que, á manera de metrallazos horribles, lanzas desde el seno de un pueblo que lleva en la mente los ideales de la humanidad y alimenta en su corazón la llama eterna de la Libertad, sostienen un glorioso combate que ha de terminar con la muerte de todos los déspotas y el reinado definitivo de la Paz, símbolo del Derecho: las "Catinarias," "El Cosmopolita," "La Dictadura Perpetua," constituyen una fragua inmensa donde se tiemplan las armas de los buenos patriotas y las plumas de todos los batalladores de las grandes causas. Júpiterairado, Luzbel caído, no tienen tanta arrogancia, no gastan tanto desdén por las cosas miserables como este dios indignado. Leed sus obras y le habréis contemplado tal como es ó como debe ser el ciudadano de un pueblo verdaderamente libre: altivo, digno, orgulloso, implacable, justiciero, bondadoso, especie de prisma de cien facetas que arroja luz y fuego por todas ellas, especie de Amazonas que desciende de las inaccesibles cordilleras andinas, recorre y fecunda los llanos y las pampas

para después entrar en guerra á muerte con los invencibles olas del océano... Vicios y costumbres, pueblos y tiranos, gobernantes y gobernados, opresores y oprimidos, todo es pasto de ese glotón sublime, todo queda hecho trizas al golpe de su maza todopoderosa. Y, juez terrible, que no perdona chico ni grande, allí se está con la sacra balanza en las manos pesando las acciones de cada mortal para señalarle el merecido puesto; si justo el reino de la gloria, si perverso el seno del infierno, si tonto ó ruin el limbo ó el purgatorio....

* * *

Santa Tecla: 1892.

(*)

TARJETAS.

Abelina Aguilar

Yo he pensado en Oriente al contemplarte
Compiendo con todas las morenas
Por lo altiva y gentil y por lo airosa,
Y por la majestad con que te ostentas:
Y si fuera el Amor. en vez de dardos
Buscaría esos ojos que me quemán,
Para con ellos incendiar el mundo
Y hacerlo renacer de sus pavesas.

* * *

Ángela Palomo

Pétalos de rosa-te
Tomó Dios para formarte,
En la excelsitud de su arte:
Y cuentan, Ángela, que
Para mejor animarte,
Los pétalos con primor
Anegó en la luz de un astro,
Y que contempló el Creador
Cómo animaba el Amor
Una rosa de alabastro.

* * *

Antonia Cañas

Dicen hombres y mujeres,
Al contemplar lo que entrañas,

Que tú, bella Antonia, eres
La estrofa mejor de Cañas.
Y á fe que tienen razón,
Porque ¡á quién, Toña, no encantas
Cuando haces que el corazón
Vaya en pos de lo que cantas

* * *

Amelia Cuéltar

Pura y modesta como un albo lirio
Que los furiosos ábregos no azotan,
Que ufano muestra entre las gayas flores
Su rosagante y nítida corola.
Eso eres tú, la del esbelto talle,
La de acabadas, venusinas formas,
La que no ha menester joyas ni adornos
Para eclipsar á ricas y á hermosas.

* * *

Carlota Bonilla

¡Feliz el suelo que tu planta huele!
¡Felices ay! los tallos tembladores
Que han logrado besar tu mano bella!
¡Felices, sí, las aromadas flores
Que libar en tus labios han podido
Cuanto hay de dulce en ellos escondido

* * *

Consuelo Arango

El amor, la piedad y la ternura,
El bien y la virtud y la hermosura
Reálzan su belleza virginal:
Es puro aun su más leve pensamiento:
Y siempre y sin cesar el sentimiento
La recuerda su origen celestial.

* * *

Clara Castro

¡Qué es muy dulce fragancia la del viento
¡Qué la luz de la luna es muy tranquila
Pero más aromático es tu aliento
Y hay más suave fulgor en tu pupila.
En tu alma hay un tesoro de ternura,
Hay en todo tu ser gracia y pureza.
¡Dichoso aquél que tenga la ventura
De poblarte de sueños la cabeza!

* * *

Conchita Chacón

Flotante y vaporosa,
Angélica y divina,
Espiritual como eres,
Como eres dulce, niña.
Quisiera yo llevarte
En alas de mis rimas
A mundos que tu padre,
Un gran sabio, Conchita,
Vió en sus sueños de astrónomo.
De pensador y artista;
Y, allá, sólo Dios sabe

De cuántas bellas cosas te hablaría!

(*) Para la colocación de estas "Tarjetas" se ha seguido el orden alfabético de los nombres.

Clementina Villavicencio

“Bendiga Dios tu inmaculada lumbre
Que, cual de un ángel la mirada pura,
Constante brilla en la celeste cumbre
Entre mis ojos y la noche oscura.”
Así decía un trovador doliente,
Hermosa, al contemplar lo que en tí había;
Y yo dije después, al ver tu frente:
Aquel buen trovador ¡qué bien sentía!

* * *

Concha Cáceres

Hermosa entre las hermosas,
Esbelta entre las esbeltas.
Vas con tus risos de oro
Y tu aroma de violeta.
Cautivando corazones
Que, si á la lucha se aprestan
Del amor, vencidos huyen
Y sus despojos te dejan.
¿Quién resiste tus encantos?
¿Quién subyuga tu belleza?
De un pintor siendo modelo
Serías Naturalaleza!

* * *

Enriqueta Bonilla

Enriqueta, no te asombre:
Ninguna cual tú atesora
Todo lo que adora el hombre
Viendo que sale la aurora.

* * *

Elvira Castro

Rosa de Cuscatlán, rosa temprana,
En tí el donaire á la virtud se hermana:
Y eres, por tus magnéticos hechizos,
El astro precursor de la mañana
Y que flota en la luz que hay en tus rizos.

* * *

Eugenia Palomo

¡Por qué tus ojos negros lanzan rayos
De fogosa pasión
Cuando tú no has amado todavía
Y no puedes saber lo que es amor?
Yo no lo sé! yo solo sé que cuando
A amar te impulse Dios,
Aquel que logre cautivarte el alma
Recibirá perpetua adoración.

* * *

Elisa Andrade

Si al compás de una música armoniosa
Tu piecito tímido resbala,
Una tropa de amores misteriosa
Corre agitando el ala.
Y es que en tus ojos de destello puro
Hay algo que electriza,

Y es capaz de animarse el mármol duro
Si juega entre tus labios la sonrisa.

* * *

Isabel Urrutia

Si las Gracias te formaron,
¿Qué gracias pueden faltarte?
En dónde has dejado, dínos,
Isabel, tus alas de ángel?

* * *

Isidra Palacios

¡Feliz la que cual tú siente
Lo que interpreta en el piano,
La que arranca con su mano
De armonías un torrente;
La que eleva nuestra mente
Más allá de lo real.
Donde existe lo ideal.
Lo que deleita y encanta.
El alma-amor, la fe santa,
Lo infinito, lo inmutable!

* * *

Josefina S. Grera

De animados azahares
Se formó tu frente límpida,
Y de botones de rosa
Y claveles, tus mejillas:
Y si en la faz se revelan
Las interiores delicias,
¿Qué dulces serenidades
Habrá en tu alma, Josefina!

* * *

Julia Castro

Tu gracia es portentosa, es infinita,
Y todos ante tí nos inclinamos
Porque en tu ser hay algo que palpita
Y que en tí los mortales adoramos.
Si todas fueran, como tú, de hermosas,
Crearía el hombre, al verlas de improviso,
En tan sublimes, inefables cosas....
Que en la tierra hallaría el Paraíso.

* * *

Lola Batres

¿Quién no sueña con albores,
Con gorgoros, con arrullos
Y rosagantes capullos
Si te contempla, Dolores?
Yo no sé quién, extasiado
Soñara, después de verte,
En las sombras del pasado
Y en el horror de la muerte.

* * *

Lola Fuentes

Sobre un verde laurel ya florecido
Tú serías alondra:

En una *villa* artística, gemela
Exhalando su aroma:
En un altar, recibirías siempre
El culto de una diosa;
Y donde quiera.... el estruendoso aplauso
De los que todo cuanto es bello adoran.

* * *

Leonor Meléndez

Hay en tu cuerpo gentil,
Bella, espiritual criatura,
La romántica hermosura
De las mañanas de Abril.
Por eso, bella Leonor,
La brisa te evuelve ufana,
Porque la brisa es tu hermana.
Como es tu hermana la flor;
Y por eso tus graciosos
Contornos tan seductores
Hacen suspirar de amores
A los viejos y á los mozos.

* * *

Lupita Palomo

Sensitiva con alma de querube,
Te adormeces al soplo de la dicha
Y tiembas pudorosa si el dios ciego
Te finge pasajeras alegrías.
Tienes todo un tesoro de esperanzas
Que hoy tu sensible corazón cautivan:
Guárdalas, sensitiva, porque nunca
Renacen ay! las que se ven perdidas!

* * *

María Drews

¡Quién respirando tu adorado aliento,
Feliz sintiera, en trémulos vaivenes,
Tus cabellos, mecidos por el viento.
Rubios posarse en las marchitas sienes!
¡Quién lograra mirarse en esos ojos
De hermoso azul como el azul del cielo,
Sorber la dicha en esos labios rojos
Y así calmar su delirante anhelo!....
Quien tal lograrse, angélica María,
¡Fuera solo un mortal, ó un dios sería!

* * *

Mercedes Batres

Brilla sobre la frente la quimera.
Sobre la abierta flor la mariposa;
¡Qué brilla sobre tí, niña graciosa!
Brilla la Primavera.

* * *

Mercedes Meléndez

El ángel del amor abrió sus alas
Y un cántico entonó,
Y las notas del cántico formaron
Tu bello corazón.
Después el Genio iluminó tu frente
Con luz como del sol,

Y desde entonces te contempla el mundo
Cual ángel del talento y del amor.

* * *

María Bosque

No! no me habléis de las rubias,
Habladme de las morenas:
Ahí está María Bosque
Que es la más dulce de entre ellas!

* * *

María Paz

¡Despertad!... Ya la aurora se levanta
Y en breve el sol saldrá:
¡Oís ese himno que doquier resuena?
Niña ¡porque no amar?

* * *

Mercedes Bonilla

Marchitos se verán, en triste día,
De tu faz hechicera los matices:
Mas nunca el tiempo con su mano fría
Podrá matar la célica alegría
De aquellos que hagamos con tu amor felices.

* * *

Mercedes Prado

¡Qué adorable es tu beldad!
¡Qué bella tu donosura!
¡Qué sin par es tu hermosura.
Y qué hermosa tu bondad!
Esa espiritualidad
De que acaso no te ufanas,
Da á tus facciones humanas
Misticidad sin defecto,
Y te hace el tipo perfecto
De las vírgenes cristianas!

* * *

María Izaguirre

Por ser siquiera un pensamiento tuyo,
De los que nacen puros en tu alma,
Daría... todo! hasta los mismos sueños
Que audaces forja la ambición humana.

* * *

Refugio Arbizu

¡De qué sirven las riquezas!
De poco y nada, Refugio:
El mejor de los tesoros
Es aun más leve que el humo.
Pero tener cual tú tienes
Inspiración y buen gusto,
Noble inteligencia, alma....
Eso... ¡lo cogieran muchos!

* * *

Rosa Izaguirre

Calor y miel y armonía
 En tus labios de coral.
 Gracia y esplendor, poesía
 En tu belleza ideal,
 Eso Dios puso en tu sér.
 Y, para coronamiento
 De su obra. ¡qué buen talento
 Le dió á tu alma de mujer!

* * *

Sofía Marroquín

¡Qué hay en tí de inefable que no alcanza
 La mente á comprender?
 Eres la encarnación de la esperanza,
 Un ángel eres más que una mujer.
 ¡Dichoso aquel que tu ánimo cautive,
 Niña bella, graciosa y sin rival!
 ¡Dónde estará la que cual tú reavive
 La fe y las esperanzas del mortal!

* * *

Sara Meléndez

Hay en tu frente un nimbo
 De grata y suave luz,
 Que á todos nos revela
 Lo que atesoras tú,
 Tu ingenua alma de niño
 Que un pudoroso tul,
 En vano velar quiere
 Para ocultar á todos tu virtud.

* * *

Trinidad Caminos

¡Es lástima que no halles
 Más espacio en qué volar
 Y que por brillar batalles
 Sin poder mucho brillar!
 Vuélvete, alondra, á los cielos;
 Ángel, vuélvete hacia Dios;
 Huye los humanos duelos
 Y, alondra y ángel, adiós!

MIGUEL PLÁCIDO PEÑA.

CARLOS FOURRIER.

En las actuales circunstancias el problema social es tema obligado de las conferencias de innumerables colectividades, que satisfacen de esa manera la terrible ansiedad de la época moderna que, ávida de resolucio-

nes, exige á los pensadores que tomen sobre sí, trabajos para los cuales son necesarias cualidades nada comunes y ejemplar constancia en la tarea.

Abruma la considerable cantidad de producciones que han sido originadas por la cuestión social que si en el seno fecundo de América no ha causado gravísimos males y penalidades sin cuento, debido indudablemente á las ventajosas condiciones de vida que ofrece amorosa al inmigrante, en el antiguo continente reviste todos los caracteres de un peligro, tanto más inminente, cuanto que la mayoría forma de una parte y reducido número forma de la otra. Agréguese á lo anterior la profunda división y las odiosas y odiadas distinciones que, sin fundamento de ninguna clase, informan las viejas organizaciones europeas, lo mismo que la inclemencia del clima que á veces agosta las cosechas por tanto tiempo desecadas y que han costado tantas privaciones, como de por sí produce la muerte de los dotados de naturalezas que no pueden resistir las impiedades de las estaciones. Este asunto se ha dicho, y puede sostenerse con gran acopio de razonamientos, es de vida ó muerte: á la resolución que se obtenga está vinculada la tranquilidad de la mayoría, que mientras no disfrute de aquella, verá con malos ojos á los que ríen cuando ella gime, á los que son acariciados por el placer cuando ella es víctima del sufrimiento. Regeneración piden los obreros

y mientras no la obtengan, en amenaza vivirá la piqueta demoleadora. ¡Y cómo es de triste al obrero no encontrar en el trabajo más que la fatiga embrutecedora y la enfermedad que mina la existencia, mientras otros seres viven en la holganza, disfrutando de toda suerte de comodidades!

La civilización se ha tomado el empeño de mejorar la suerte de las clases trabajadoras, y á medida que ella se ha ido desarrollando, la condición de éstas ha cambiado notablemente. Así lo vemos en el importante ramo de la instrucción, que mientras en lo antiguo era limitada á una clase el ejercicio de las profesiones liberales, en la época moderna no existe más diferencia que la marcada por el talento y la constancia en el estudio. Aquellas inicuas diferencias entre el obrero y el amo han desaparecido, y lejos de estimarse el trabajo como ignominia, se le considera como fuente de la riqueza digna y que proporciona el aprecio general. No faltan escritores de mérito que aduzcan argumentos contra las formas republicanas, sirviéndoles de arma este asunto de las clases menesterosas, intentando hacer creer que bajo la forma monárquica, sea cual fuere su especie, ya tan grave cuestión habría sido favorablemente resuelta y como prueba aducen los antiguos gobiernos, en que arraigada en los pueblos la idea de que cierta clase privilegiada había nacido para mandar y los demás para obedecer, las ambi-

ciones no estaban á la orden del día y como consecuencia ineludible, la paz garantizaba el trabajo.

Sin entrar á la refutación de los conceptos arriba apuntados, es necesario recordar, que los ejemplos de aquellos sistemas no deben formar argumento en las condiciones presentes, en que el adelanto se encuentra en todos los órdenes y en que el criterio bien dirigido ha llamado á cuenta lo que la ciencia tuvo por axiomas, como lo que la costumbre ha sancionado con su fallo. Ya que se afirma que hay tal bondad en los gobiernos artificiales, recuérdese entre otros, el estado horroroso que en los últimos tiempos han presentado los obreros rusos, y con esto las huelgas que á veces en España, ya en Italia ó en Alemania, han puesto en cuidado á las autoridades que para el día primero de mayo se prepararon con solícito cuidado, temiendo las manifestaciones que revisten caracteres de amenazas.

No se puede afirmar que el sistema republicano, garantice por entero la tranquilidad en materia de suyo tan peligrosa, pero sí es de sostenerse que el régimen de bien entendida libertad, ha de ir lentamente conquistando lo que no alcanzan ni la opresión ni la fuerza. Libertad en el trabajo, en el cambio, en una palabra, amplia esfera de acción en el luminoso campo del derecho, unido á la eficaz y nunca vencida propaganda de las ideas regeneradoras, son los medios que señalan los que miran con

serenidad en este turbulento oleaje.

El mal no es de ahora, y peca por injusto quien por esto culpe á la edad moderna. La humanidad ha evolucionado y las profundas divisiones de otros momentos históricos, van poco á poco desapareciendo, y no de otra manera podría ser, pues con las naciones no es racional sustituir el régimen existente por el que lo es manifiestamente opuesto, sin que la sociedad se conmueva hasta en sus cimientos, sin que ello deje de producir un desequilibrio peligroso. En la causa del progreso hay solidaridad, los problemas de hoy tienen por causa los acontecimientos de otros tiempos, y nuestras dificultades de hoy son producto de los actos de ayer, y quizá lo que se estima como signo de orden y promesa de tranquilidad, sea en no lejana época motivo de duda y de temores.

El criterio dominante toma cuerpo en las legislaciones y así vemos que ha sido la ley reflejo fiel de las costumbres, si éstas viciadas, viciada aquella también. El régimen de castas del antiguo oriente, obedeció á la idea que se había sobrepuesto de la desigualdad de origen de la humana especie; y así se nota que á medida que se va afirmando en las conciencias que es uno el origen de los seres inteligentes, el imperio del derecho se afirma y las garantías naturales son cada vez más respetadas. Las castas servían de obstáculo á que se implanta-

ra cualquiera medida en que se estimaran lesionadas sus ventajas y distinciones, y así con tal proceder, difícil era alcanzar una disposición en el sentido del adelanto. Los griegos bebían en las fuentes egipcias; más reformas bastante notables se hicieron en la organización de las clases, en la educación de los ciudadanos, en los derechos reconocidos á éstos; y aunque multiplicaron los objetos de su culto, divinizando desde la tranquilidad del hogar hasta el apasible silencio de los bosques y el poético murmurar del viento, no por eso dejó de contribuir poderosamente al desenvolvimiento de la idea fundamental del derecho. Aquella terrible institución de las castas, va cediendo el paso á otra, que si también es contra la naturaleza, por lo menos no tiene los caracteres horrorosos de la primera. La esclavitud siempre desconoce la personalidad; pero siquiera tiene remedios que aunque difíciles, talvez puedan obtenerse, no cierra el lugar á la esperanza y antes bien augura la hora deseada por todos los sabios y los buenos, la hora suprema de la redención; la hora en que rotas las cadenas oprobiosas existirán como sola distinción las irrecusables pruebas de amor á la libertad y los hermosos testimonios de un nunca desmentido patriotismo.

Los trabajos de los filósofos griegos, la acción decisiva de su inmortal poesía, el avasallador poder con que el arte perpetuó en los mármoles los triun-

fos espléndidos de aquella cultura, que recuerda con cariño la humanidad, y á donde llegan los pensadores como en solicitud de fuentes de inspiración, influyeron en el buen arreglo de la administración. El concepto de la unidad es sostenido por Sócrates y todas las consecuencias de allí deducidas, llegan por uno ó por otro camino á operar un cambio beneficioso para los intereses de la humanidad. Las escuelas que nacieron, fijaron el ideas trascendentales y sentaron admirables teorías.

El filósofo de Atenas con el afán de conocer todo, se reviste de paciencia superior al orgullo de los demás y se inspira en el amor á la verdad y en los principios de la justicia, combatiendo con ardor la ruindad del egoísmo y las injustificadas desigualdades. El empuje de la filosofía socrática se hizo sentir en la generalidad de los estudios, y cuando estos obtuvieron algún desarrollo se conoció del idealismo de Platón hasta el epicureismo de Aristipo.

Grandes ideas sostuvieron las escuelas griegas, positiva influencia ejercieron en el derecho y podemos asegurar que la civilización presente, encuentra su origen en aquel espíritu heleno, que ha llenado las inmortales páginas de la historia, los imperecederos registros del arte y el maravilloso mundo de la fantasía.

Roma se constituye heredera de las antiguas civilizaciones; por medio de una atracción sin ejemplo, forma sus leyes, orga-

niza sus sociedades en el molde que le ofrecen los pueblos más adelantados, por donde se pasean sus águilas triunfantes y sus armas victoriosas. Produce ciudadanos de incorruptible carácter que admiran las generaciones que pasan.

El desarrollo del derecho en la época romana es maravilloso: se fundan nuevas instituciones, se corrige cuanto sirve de rémora al establecimiento de los principios de justicia y por aquel carácter de universalidad, la asociación empieza á reconocerse; derecho de asociación que empuja al comercio á la industria, á la agricultura y que en cuanto al respeto de la personalidad lo hace en todo valedero; derecho de asociación que es motivo de temor en unos, de esperanza en otros y que es causa de haberse formulado los sistemas de Owen, Saint Simón, Fourier que han hecho surgir las sociedades cooperativas, las asociaciones productoras, que prestan facilidades para estudios que tienen positiva utilidad.

VICTOR M. JEREZ.

(Continuará).

SIN TEMA

A veces el hombre, por un acto espontáneo de su voluntad, se coloca en situaciones tan difíciles, que no acierta á salir de ellas ni puede calcular sus consecuencias. Napoleón Bonapar-

te cuando concibió en su cerebro luminoso la idea de dominar Europa y modificar á su arbitrio el mapa del mundo, cuando pensó en pasear por el teatro de las viejas monarquías las triunfantes águilas de Francia, aquellas águilas orgullosas que posándose sobre las enhiesas pirámides de Egipto llamaron sobre sí la atención universal; cuando el curso indomable se propuso, en sus inquebrantables determinaciones de guerrero revolucionario, humillar la altísima frente de los reyes y menospreciar el desacreditado Trono hereditario, contaba con algo inmenso, todopoderoso, que lo arrojaba con fuerza irresistible á una obra así de temeraria como sublime; tenía su genio de guerrero afortunado y sus verdes laureles de Capitán invicto ganados en cien campos de batalla, contaba con el corazón y el cerebro de Francia, impregnados en las ideas filosóficas de la época, tenía bajo su mando el tremendo Ejército francés, que era como el brazo de un gigante armado de la poderosa maza del nuevo Derecho destinado á pulverizar las instituciones seculares y los vicios políticos que destruían el gastado espíritu del Viejo Mundo. Pero una vez comenzada la obra, todos los reyes y todos los pueblos se arman en defensa propia y se arrojan desesperados contra el Pueblo-rey y el Emperador-monstruo para vencerlos por la fuerza y reducirlos á los límites de la Justicia y el Derecho—: en seguida se conjuran en su contra todos

los elementos, y desde las nieves vencedoras de Moscow que derrite el calor de la ciudad incendiada, no vuelve á brillar ante sus ojos “el sol de Austerlitz.” Como consecuencia de esta situación, allí teneis el grandioso drama de Waterloo y la tragedia desgarradora del gigante encadenado en el peñón de Santa Elena delirando al horrisono bramar del océano jamás vencido. Resolución tristísima que el genio jamás previó.

Y lo que de Napoleón queda dicho puede también decirse de Alejandro en Grecia y de César en los últimos buenos tiempos de Roma.

En otro orden de ideas tenemos que cuando don Emilio Castelar ó Mr. Gladstone anuncian un discurso sobre ésta ó aquella cuestión política ó social, y cuando don Alfonso Daudet ó Mr. Zola ofrecen una novela para saciar el apetito interminable de los innúmeros lectores que cuentan en el mundo literario, saben desde luego por qué razón lo hacen. El uno á su genio y el otro á su talento, éste á la observación constante de ciertos hechos sociales analizados, corregidos y aumentados, según el gusto ó las ideas propias, bajo los golpes de la pluma-buril, ó pluma-mazo, y aquél á las dotes peculiares de su imaginación brillante y soñadora ó al númen creador de su fantasía: cada cual, sabio ó poeta, apóstol ó mártir, sabe las armas con que cuenta y lo mucho que con ellas puede.

Pero el pretendiente novel

que ofrece escribir un artículo de periódico por el prurito de ofrecer algo, ó que se le antoja rimar á su manera un pensamiento vulgar, son cosas verdaderamente imperdonables, y que sin embargo suceden con admirable regularidad. Y para que el lector no lo ponga en dudas ó vaya á pedirnos "pruebas al canto," aquí, sin ir muy lejos, tiene á este humilde y atento servidor de U., lectora amabilísima, con una comezón por borrar cuartillas que no hay más que pedir. ¿Pero qué diré, Dios mío?

—Vamos! qué oigo? ah, es un "caballero" que va por la acera, "correcta y elegantemente vestido á la moda de París," jugando el esquisito bastón en una mano y acariciando con la otra el fino y airoso bigote negro. Quién es él? Acaso el hijo de un afortunado banquero, ó el descendiente de un hábil comerciante, ó el presunto heredero de un rico agricultor? Nada, absolutamente nada de todo eso. Don Fulanito de Tal es un hijo de vecino, sin oficio ni beneficio conocidos: va al café todos los días, donde juega, fuma y bebe como todo hombre de buen gusto; pasea por las noches en el Parque con su inseparable bastón, de corbata blanca y sombrero "á la última," ostentando orgulloso el hierático cuello, como diría el poeta, donde lucen los brillantes en aurea herradura: asiste al Teatro con más puntualidad que los cronistas y revisteros de periódicos, y es el comensal de todos los ban-

quetes y el "caballero de gracia" de todos los salones. Vamos! ese joven con su figura romántica y sus gustos parisienses es el tipo dominante, el modelo de la "juventud alegre y expansiva," es el dueño de la situación: hácia él se dirigen las miradas de todas las bellas, á él van consagrados los suspiros de todos los corazones, para él son las bendiciones de todas las almas, él es la esperanza de todas las madres. Bendito sea!

Pero este hombre ideal ¿de qué vive? ¿Tiene profesión conocida? No. ¿Cuenta padres desgraciados que sufraguen todos sus gastos? Menos. ¿Tiene en su parentela "tías alcahuetas" que soporten todas sus necesidades? No. Es alto empleado del Gobierno, ya que á veces también los Gobiernos, son cómplices de los vagos?—Tampoco. Luego este hombre es una calamidad social, una carga para todo el mundo?—Tampoco lo sé. Debe en el almacén y en el café, no paga al sastre ni á la lavandera, ni á la "patrona" que le da la vida, esto bien lo sé. Y este es el hombre modelo, el señor de lujo? Como U. lo vé, lectora generosa y simpática.

Lujo! pero qué debe entenderse por lujo? Venga el diccionario y él, como buen maestro, nos dará la respuesta apetecida. "*Lujo-m. Exceso y demasia en la pompa y regalo. Luxus, luxuria.*" Tenemos aclarado el concepto de esta palabra por muchos usada y por pocos comprendida. El exceso y

la demasía son términos que admiten más y menos.

—Fulanito de Tal, ese “Dandy falsificado” de que vengo hablando, “Tenorio de Nuevo cuño,” “Tunante de mala ley,” Fulanito de Tal, dijo cierta señorita conocida mía una noche de luna que paseábamos en el Parque, es un joven muy lujoso.

—Ese caballero es de mucho gusto, agregó la de más allá.

—Este Picio es un ente desgraciado, es un tipejo de la peor condición, murmuró un estudiante en tono despreciativo.

He aquí tres opiniones diversas sobre un mismo tema, como si dijéramos tres abogados peleando por una misma causa.— Pero yo creo que todos tienen razón. Quién gasta más de lo que produce en caprichos ó exigencias de moda, es un lujoso immoderado; quien elegantemente vestido asiste al Teatro y al Café, al Parque y á los salones, diariamente, es un falso caballero de buen gusto; quien hace consistir el mérito de su persona en el traje que lleva puesto y que aun debe á la sastretería, ó en el anillo de brillante y la corbata á la moda, es un tipo repugnantísimo, un verdadero tipejo.

Pero vamos al grano: el lujo es un bien ó un mal para la sociedad? A propósito acabo de leer un artículo en que la señora Laparra tratando del asunto lo califica de “funesto vicio.” Antes de pasar adelante, conste que yo creo que todos los vicios son funestos, ó ninguno lo es. El citado diccionario dice:

“Funesto. adj.—Triste y desgraciado.” Y tengo para mí que muy tristes y muy desgraciados son todos los vicios humanos, desde el simple fumado hasta la cínica borrachera, desde el miserable ladrón ratero hasta el infame conculcador de los caudales públicos.

El lujo no consiste en el simple uso de prendas ó joyas de gran valor. El jornalero que porta sombrero junco y pantalón de casimir, gasta lujo; y no lo gasta el banquero con su leontina, reloj y bastón de oro y su aristocrático frac. Desproporción entre lo que se produce y lo que se consume, cuando este excede á aquel, ó si queréis entre el capital ó la riqueza que se posee y las erogaciones que se hacen, ó pasión inmoderada por los placeres y repugnancia invencible al trabajo — he aquí las más notables faces del lujo.

Las piedras preciosas que descomponen la luz en los colores del iris para brillar en el turgente seno de la dama, las telas primorosas de crugiente seda indiana, el mobiliario de riquísimas maderas con incrustaciones de oro y nacar, se conceptúan en nuestra joven sociedad como necesidades imprescindibles cuando no son más que objetos destinados á halagar los sentidos y á satisfacer el gusto más ó menos exigente. Esto no quiere decir que se prive todo el mundo de poseer objetos de “buen tono,” ora sea bajo la forma de lienzos que el pincel de inspirado artista animó con las luces de su paleta, ora bajo

la forma de mármoles y bronce donde el martillo y el cincel graban eternamente la memoria de los grandes hombres, ora bajo la forma de mobiliarios donde pueden muy bien compendiarse los gustos de todos los artistas. El lujo no es un mal en todo caso.

Pero el lujo no es un vicio peculiar de la mujer. Ved sinó el joven afeinado cómo lleva con estudiada coquetería sobre el ojal de la levita, en la solapa izquierda y sobre el necio corazón, perfumado y simbólico ramillete donde la violeta humilde y la pálida mosqueta se entrelazan con los *pensamientos* y las *ilusiones*: vedlo cómo se contonea aparentando una gallardía que pretende seducir corazones, y un lujo que está arruinando á la familia. Pues bien: que la mujer, enamorada eternamente de lo bello, se afane por mejorar su hermosura, es para mí no solo justificable sinó también eminentemente artístico, con tal de no llegar á los límites de lo ridículo; pero que el hombre, descuidando su inteligencia, haga de la moda un culto, consagrándose al nimio cuidado de su persona, esto no solo es detestable sinó también punible. El lujo y la coquetería en la mujer no siempre están reñidos con la virtud, pero esas mismas cualidades en el varón revelan nulidad de inteligencia y carencia de buenos sentimientos.

Se dice que la mujer por el maldito lujo prefiere el rico tonto y necio, al honrado é inteli-

gente si es pobre. Pero el hombre á su vez se decide por la "mujer-estatua," si tiene en perspectiva una hijuela cuantiosa, y desprecia la mujer angelical, cuyo corazón es nido donde crecen en admirable consorcio todas las virtudes excelsas, únicamente porque es popobre. Y ya que he hablado de esta clase de hombres para quienes el matrimonio vale tanto como una operación de banco, bueno es traer á la memoria el poema titulado "LOLA" y que ya mis lectores conocen, donde la señora Laparra nos describe y pinta con esa habilidad propia del artista, un tipo que sintetiza la tendencia actual á rebajar el altísimo concepto del matrimonio. Carlos, el novio interesado que finge un amor tierno, apasionado y sublime por Lola, hija única de padres afortunados, solamente porque es ella la presunta heredera de un capital considerable; pero que, cínico, miserable y canalla, cuando entrevé las consecuencias de una quiebra segura é inesperada, desprecia al ser amado, dando al diablo su palabra y su honor, es un tipo con el cual nos codeamos al doblar de cada esquina y en todo lugar bendito de Dios. Pero estos en el pecado llevan la penitencia y acaban como el célebre personaje de Pepe Bares: tras cornudos apaleados, que no otra cosa merece el que antepone el oro á la virtud.

Pero, oh, lector benévolo! comprendo que os he fastidiado lo suficiente y voy á concluir pidiéndoos los mil perdones de

ordenanza por las disparatadas líneas que os he hecho sufrir. Comencé, como habeis visto, tijera en mano, sin hallar tela que cortar, cuando he allí que sin pensarlo yo, se me vienen á las mientes Napoleón, César y Alejandro, lugares comunes de escritores de pacotilla; y luego sin más ni más, se cruza también ese tipo universal que nos persigue por doquiera, como la sombra al cuerpo ó como la miseria al pobre, se presenta digo ese "Dandy falsificado," "Tunante de mala ley," "Tenorio de nuevo cuño," que es el tema inagotable de todos los gaceti-lleros de periódico. Y basta por hoy.

ARTURO.

Agosto 11 de 1892.

PAJARITO.

(YNÉDITO.)

* * *

Fuí por el huerto llorando
Y, en su nido un ruiseñor,
Asomé la cabecita
Para averiguar si yo
Yba con el arma al hombro,
Allá á las puestas del sol,
Buscando alguna avecilla
Que matar por afición;
Mas viéndome desarmado
Y á solas con mi dolor,
Batió las alas y alegre
De su escondite salió
Y en dulces trinos me dijo:
—¿Qué siente tu corazón?

* * *

—Pajarito, pajarito,
Díjeme con triste voz,
—Yo no sé de dónde vengo
Ni sé para dónde voy;

Mas ya que tú me preguntas
Qué siente mi corazón,
A mi vez yo te interrogo:
La que es dueño de tu amor
¿Ha estado de ti muy lejos,
Dime pajarito, ó no?
Si sabes lo que es ausencia,
Si sabes lo que es dolor,....
¡No preguntes, pajarito,
Que siente mi corazón!.....

* * *

Desde entonces, desde entonces
Cuando por el huerto voy,
El pajarito me mira
Con muy marcada atención,
Y salta aún y aletea
Siempre que me acerco yo;
Pero también, desde entonces
Ya no da al viento su voz;
Y es que está triste, muy triste
El canoro ruiseñor
Desde que la amada suya
En la viudez le dejó
Yendo á morir á las rejas
De una dorada prisión
Que la preparó una ingrata
Niña más bella que el sol

¡Ah! ¿qué tendrán, pajarito,
El mío y tu corazón!!!

MIGUEL PLÁCIDO PEÑA.

Agosto, 1891.

CARLOS GIL.

(Véase la página 108 del N.º anterior).

III

Ya habían ocurrido tres ó cuatro escaramuzas en los alrededores de la ciudad. Los *rebeldes* se atrevían á avanzar hasta las primeras casas del barrio más próximo al campo: por la noche se burlaban de las avanzadas, y muchos entraban y salían llevando armas y pertrechos para el campamento, que estaba en la

montaña como á cinco leguas de Popayán. Llegaban á sus casas, daban un abrazo á la esposa ó á la madre, un beso al hijo, que tal vez dormía en una cuna, y se cargaban luego con los "elementos" que habían podido allegarse en el hogar: unas libras de pólvora, unas cuantas cápsulas, alguna escopeta, una lanza, un fusil Rémington. . . . Las señoras mismas, disfrazadas de lavanderas, se encaminaban al río, se alejaban poco á poco hasta internarse en el bosque, y de los grandes canastos llenos de ropa que llevaban en la cabeza, iban sacando, para entregar á sus maridos ó á sus hijos, pertrechos de guerra y provisiones de boca.

Las mujeres espartanas se habrían entusiasmado.

Contábase cada día quién se había marchado al campamento, á pesar de la vigilancia establecida por el gobierno, que no habría perdonado á uno solo, á quien hubiera podido atrapar. Se sabía de abogados, médicos, ingenieros, artesanos, que estaban ya en las filas revolucionarias, y se contaban proezas de muchos de ellos; á veces corría también la noticia de haber muerto alguna persona conocida; por supuesto, la muerte había sido la de un héroe.

Un día fueron muertos tres artesanos por un cuerpo de tropa que estaba emboscado en las inmediaciones de una senda extraviada que conducía al campamento liberal.

Al ser sorprendidos por la tropa quisieron huír; pero cayeron

por tierra acribillados de balazos.

En los bolsillos de los muertos encontraron los gobiernistas anchas cintas rojas, las que puestas en el sombrero constituían la divisa de los "rebeldes."

La divisa del gobierno era una cinta verde, en la que se leían inscripciones como esta: "¡Viva la Regeneración!", "¡Viva el gobierno legítimo!"

En las cintas rojas se leía: "¡Libertad ó muerte!"

La indignación por los tres artesanos *asesinados* (así se decía) fue inmensa.

Carlos Gil resolvió irse á la montaña.

Aquel niño delgaducho y pálido se transfiguró al sentir que penetraba en su pecho el hálito incendiario de la revolución.

Carlos Gil era primer Inspector en la Escuela Normal de Institutores, dirigiría la Escuela Anexa y estaba encargado de la Secretaría de la Subdirección del establecimiento, lo mismo que del puesto de Bibliotecario.

Comunicóme en el acto sus proyectos de fuga, insinuándome que contaba conmigo para que nos escapáramos juntos.

Preguntóme quiénes otros podrían acompañarnos.

Indiquéle tres condiscípulos, á quienes yo conquistaría "para engrosar las filas."

Total: cinco estudiantes que desde la noche del día siguiente se habrían de convertir en revolucionarios.

Carlos Gil y cada uno de los paniaguados solicitó permiso

para salir. El Director lo concedió.

Al volver de la calle, los cinco estudiantes traían sendos pares de alpargatas y otras tantas cintas rojas. Uno de ellos consiguió un capote de hule.

Entre seis y siete de la noche, hora de recreo, Carlos Gil llamó á sus compañeros y se encerró con ellos en la sala de la Subdirección.

Uno de los que habían de fugarse manifestó lo atrevido de la empresa: sería imposible pasar la montaña sin tropezar con gentes del gobierno, que hacían un espionaje muy activo y que guardaban todas las vías; ¿á qué ir desarmados, á que nos mataran como á perdices? ¡ninguno conocía algún camino que condujera al cuartel general; no teníamos guía; ignorábamos en qué lugar, fijamente, se hallaban las tropas de los nuestros.....

Carlos Gil, como impulsado por un resorte, se dirigió al escritorio, y sin decir una palabra se puso á escribir.

Luego leyó:

“Los infrascritos, alumnos de la Escuela Normal de Institutores, nos comprometemos por nuestra solemne palabra de honor, por el amor que profesamos á nuestras madres y por aquéllas á quienes uniremos nuestra suerte, á sostener la causa de nuestras ideas—que consideramos sagrada—por cuantos medios estén á nuestro alcance. Al efecto, esta misma noche marcharemos á buscar el campamento de los nuestros.

Popayán, Escuela Normal,

enero 27 de 1885. Después de una señal de cruz,

Carlos Gil.”

El que había hecho las indicaciones contra la fuga fue el primero que firmó después de Gil, no sin haber dado antes un beso sonoro á la cruz que formó con el pulgar y el índice.

Lo mismo hicimos los demás, Sonaron cuatro campanadas. Era el aviso para ir al comedor.

Carlos Gil, algo turbado, pasó lista.

Por mi parte impresionéme mucho, al tomar mi chocolate, pensando en qué quizá sería esa la última vez que me sentaba á la mesa en compañía de mis queridos condiscípulos, á quienes consideraba como hermanos. Hacía ya tres años que me sentaba en aquel puesto. Pensaba: si ellos supieran nuestras intenciones no nos dejarían ir, ó querrían todos escaparse con nosotros. Pobres! No saben que mañana á estas horas estaremos ya muy lejos, muertos de cansancio y de frío, con mucha hambre, tal vez enterrados en el fango!

Acaso hayamos caído prisioneros. ¡Qué prisioneros! Acaso estaremos tendidos boca arriba, agujereados por las balas.

Y los otros, muy satisfechos, devoran sus tazas de chocolate ó sus platos de dulce.

Y hacen cambios de pan por queso, y dejan escapar, á media voz, algún chiste bien picante ó alguna burla cruel.

¡Si ellos supieran el riesgo que corremos nosotros!.....

Los cinco del complot nos mirábamos de cuando en cuando.

Al levantarnos de la mesa, después de la señal dada por Carlos Gil, guardamos nuestros panes: eran las únicas provisiones comestibles con que contábamos.

Yo, por mi parte, dirigí una mirada en torno del comedor, y pensé: ¡quizas no volveré á entrar más aquí! Y, en efecto, no he vuelto.

¿Volveré algún día?

A las siete y media dio la campana la señal para que entráramos al salón de estudio.

Ya en un cuarto de clase próximo al zaguán teníamos listas las alpargatas y unas malecillas con ropa interior.

Entramos al salón de estudio.

El Director llamó á Carlos Gil y le dijo: “Voy á salir, volveré á las nueve y media, tengo que hablar con U. á mi regreso.

—“Está bien,” contestó el Inspector, con una sonrisa apenas perceptible.

Uno de los cinco del convenio pidió permiso para salir; y con intervalos de unos cuantos minutos, solicitamos el mismo permiso los otros tres. Luego Carlos Gil recomendó al segundo Inspector que guardara el orden en el salón, y fue á reunirse con nosotros. Vimos que el portero subió la escalera para ir á componer la luz de un farol.

Mientras él subía, nosotros ganamos la calle.

¡Qué emoción!

¡Fugarnos de una Escuela para irnos á un cuartel!

¡Y en qué circunstancias!

*

La noche era bellísima: la luna brillaba casi como un sol.

Ya en la calle, no sabíamos qué hacer.

¿Qué camino podríamos tomar?

Por mi parte, me parecía lo mejor volver á la Escuela. Casi lo propongo.

Andando, andando habíamos llegado al barrio de “La Pamba”.

De repente, al volver una esquina, tropezamos con una patrulla. Creíamos que iban á capturarnos.

Pasamos con mucha naturalidad junto á los quince hombres armados, cuyo jefe nos era conocido de vista.

Carlos Gil se acordó de un joven López, cuyo padre era uno de los jefes revolucionarios. Nos dijo que fuéramos allá, á casa de López, en donde tal vez podrían suministrarnos un guía, ó hacernos algunas indicaciones respecto del camino que deberíamos seguir para llegar al campamento.

Llegamos.

La señora de la casa se admiró de nuestra resolución, y se condolió mucho de la suerte que, según ella, nos estaba reservada.

La buena mujer creía, por lo pronto, que ni siquiera alcanzaríamos á ganar la montaña sin caer en poder de los enemigos.

Lloró, suplicó. Decía: “¡Si

al menos llevaran armas!
 Pero así . . . á que los maten
 sin que Uds. disparen un tiro . .
 Es una "bestialidad"

—"Gracias!" contestó uno de
 nosotros.

El hecho es que la señora,
 para retenernos, nos dijo que
 al día siguiente vendría del cam-
 pamento un mozo que enviaba
 su marido cada ocho días, que
 con él podríamos irnos por ca-
 minos que no presentaban tanto
 riesgo, porque casi nadie los co-
 nocía.

Dormimos en su casa, ó me-
 jor, dormimos en un cafetal que
 tenía ella en su huerta: empe-
 zaba la vida de soldado.

Permanecemos en casa de Ló-
 pez todo el día siguiente, ence-
 rrados en la alcoba de la señora.

Por una rendija de la ventana
 que daba á la calle veíamos
 lo que pasaba "en el mundo ex-
 terior," como decía Carlos Gil.

Entre ocho y nueve de la ma-
 ñana pasaron, en comunidad, las
 alumnas de la Escuela Normal.

Iban á misa, á la iglesia de
 Belén. La emoción fue in-
 mensa.

¡Ver así, sin ser vistos, sin
 poder cambiar una mirada ni
 una sonrisa, á *aquellas á quienes*
uniríamos nuestra suerte; cuyos
 retratos, cartas, pañuelos y flo-
 res secas teníamos allí en nues-
 tros bolsillos!

¡Y verlas quizá por la última
 vez!

¿Cómo era posible que el co-
 razón no les avisara—á nues-
 tras respectivas—que allí, á seis
 pasos de distancia estábamos
 nosotros?

¡Era que no nos querían!

¿Sabrían ya nuestra fuga?

Si la sabían, ¿por qué no iban
 tristes, ó por qué no se habían
 fingido enfermas para no salir?

¡Ah, las mujeres!

La expectativa del regreso la
 pasamos en la más viva ansie-
 dad.

Al fin volvieron de misa. To-
 dos queríamos asomarnos por
 la rendija á un mismo tiempo.
 Casi reñimos.

Pasaron; no sin que hubiéramos
 prorrumpido varias veces
 en toses *ad hoc*, que ningún
 efecto produjeron.

¿Las volveríamos á ver?

F. A. GAMBOA.

MISCELÁNEA.

Con verdadera satisfacción
 reproducimos el siguiente impor-
 tante Decreto que hemos tenido el
 honor de recibir:—

"DECRETO N^o 443.

José María Reina Barrios,

General de División y Presidente
Constitucional de la República de
Guatemala,

CONSIDERANDO:

Que hay hechos históricos de tal
 magnitud y de tan favorable tras-
 cendencia, que no es dado echar
 en olvido las fechas en que ocurrie-
 ron:

Que el descubrimiento del Nuevo
 Mundo, realizado por el inmortal
 Colón, con el auxilio de la ilustre
 Soberana de Castilla, trajo á Amé-
 rica la civilización europea y ejer-
 ció bajo otros muchos aspectos, un

influjo tan poderoso como feliz en la suerte de la humanidad:

Que España y los pueblos de este Continente se preparan á conmemorar de un modo ú otro aquel grandioso hecho en su cuarto centenario, rindiendo así el homenaje debido á los Manes del insigne Genovés, que al conquistar tan inmarcesible lauro de gloria, supo merecer bien de la posteridad agradecida:

Que el sentimiento público es propio de Guatemala á las solemnes manifestaciones que el Gobierno se propone hacer para celebrar la fecha en que el gran Colón y sus heroicos compañeros llegaron á una de las islas Lucayas:

POR TANTO,

DECRETA:

Artículo 1º—Declárase día festivo en la República, el 12 de octubre del corriente año.

Artículo 2º—Convócase un concurso para premiar con quinientos pesos el mejor trabajo que en prosa se escriba, sobre la vida y viajes de Colón, debiendo ese escrito contener detalles sobre la venida del gran navegante al litoral de Centro-América en 1502.

Artículo 3º—Convócase otro certamen para recompensar con una medalla de oro al autor del mejor himno á Colón, y con otra medalla igual al que escriba la música más apropiada á esa composición poética.

En este concurso y en el indicado en el segundo artículo, sólo podrán tomar parte los centroamericanos; y se fija para la presentación en pliego cerrado, de las obras, al Ministerio de Instrucción Pública, un plazo que expirará el 14 de septiembre próximo; en la inteligencia de que esas composiciones, como en tales casos se acostumbra, no llevarán la firma al pie, sino el

signo que el autor adopte, signo que se repetirá en el exterior de un sobre, dentro del cual irá la firma respectiva.

Los premios se adjudicarán de un modo solemne en una velada que en la noche del 11 de octubre próximo se dará en el Teatro Nacional.

Artículo 4º—El mismo día 11 por la tarde, se efectuará un paseo de los alumnos de los colegios y escuelas nacionales de la capital, y algunos de esos alumnos pronunciarán, en el local que se designe, discursos alusivos á la festividad y poesías análogas al propio objeto.

Artículo 5º—En la tarde del 12 se verificará un gran paseo histórico con seis carros alegóricos que representen personajes y episodios relacionados en el acontecimiento que se recuerda.

Artículo 6º—El mismo día 12, y con la solemnidad que el caso reclama, colocará el Presidente de la República, en la plaza de esta ciudad que al efecto se designe, la primera piedra de un monumento que se erigirá á Cristóbal Colón, en testimonio del culto perpetuo que Guatemala se complace en tributarle.

Artículo 7º—El Ministro de Instrucción Pública queda encargado de todo lo que se refiere á la ejecución del presente Decreto.

Dado en Guatemala, ciudad capital de la República, en el Palacio del Poder Ejecutivo, á los ocho días del mes de junio de mil ochocientos noventa y dos.

JOSÉ MARÍA REINA BARRIOS.

El Secretario de Estado en el
Despacho de Instrucción Pública,

MANUEL CABRAL."